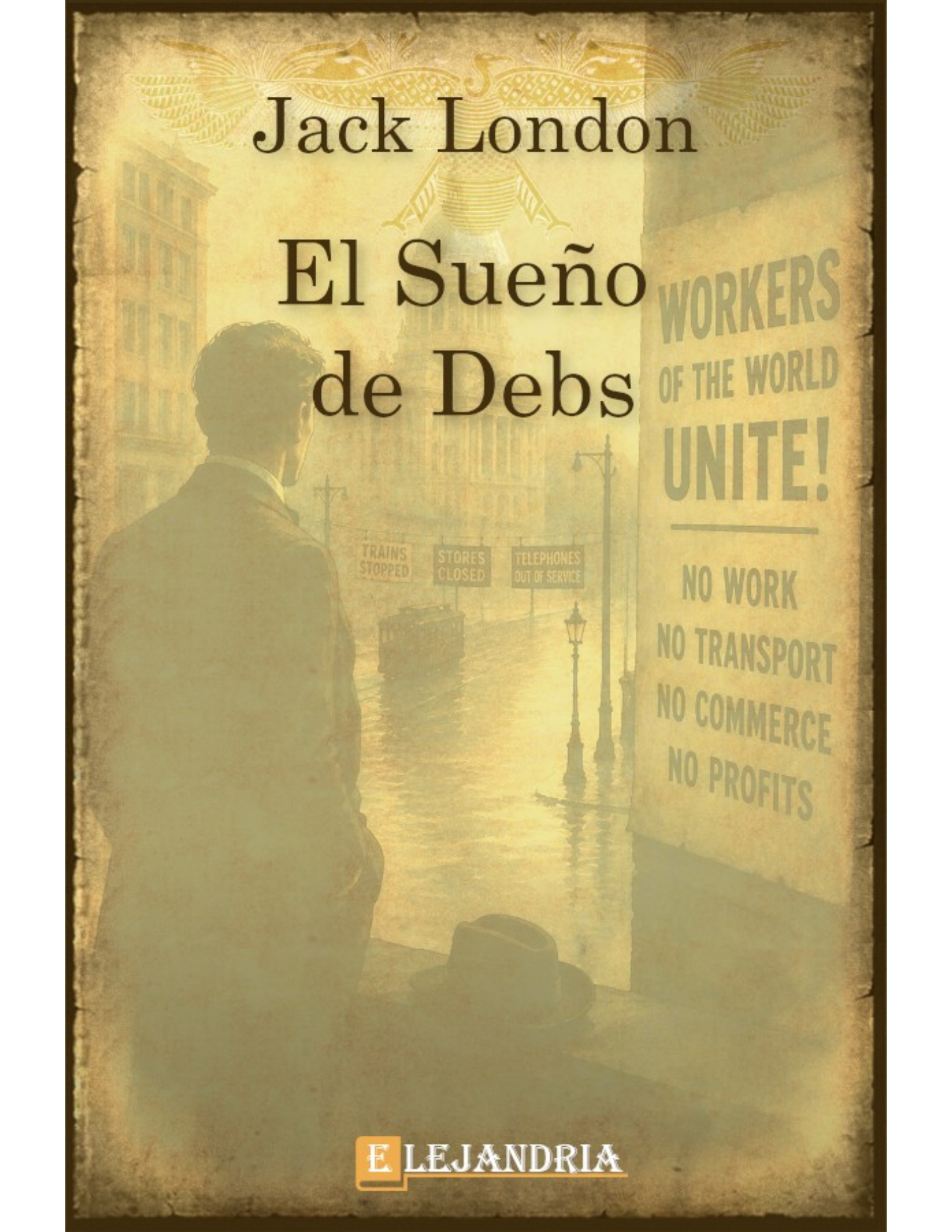




Jack London

El Sueño
de Debs

WORKERS
OF THE WORLD
UNITE!

NO WORK
NO TRANSPORT
NO COMMERCE
NO PROFITS

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL SUEÑO DE DEBS

JACK LONDON

PUBLICADO: 1909

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: THE STRENGTH OF THE STRONG (1914)

EL SUEÑO DE DEBS

ME DESPERTÉ casi una hora antes de mi hora habitual. Aquello era en sí mismo extraordinario, y me quedé muy despierto, dándole vueltas. Algo andaba mal, algo no estaba bien; no sabía qué. Me oprimía el presentimiento de algo terrible que había sucedido o estaba a punto de suceder. ¿Pero qué era? Traté de orientarme. Recordé que durante el Gran Terremoto de 1906 muchos afirmaron haberse despertado momentos antes del primer temblor y que durante esos instantes habían experimentado extrañas sensaciones de terror. ¿Iba San Francisco a sufrir otro terremoto?

Me quedé tumbado un minuto entero, en muda expectación, pero no se produjo el bamboleo de las paredes ni el estruendo de cascotes al desplomarse. Todo estaba en calma. ¡Eso era! ¡El silencio! Con razón me había inquietado. El rumor de la gran ciudad viva brillaba por su ausencia de un modo extraño. Los tranvías de superficie pasaban por mi calle, a esa hora del día, con una frecuencia media de uno cada tres minutos; pero en los diez minutos siguientes no pasó ni uno. Quizá fuera una huelga de tranvías, pensé; o quizá hubiera habido un accidente y hubieran cortado el suministro eléctrico. Pero no, el silencio era demasiado profundo. No oí el traqueteo y el estrépito de las ruedas de los carruajes, ni el golpeteo de los cascos herrados que pugnaban por subir el empinado adoquinado.

Pulsé el timbre que había junto a mi cama e intenté escuchar el sonido de la campanilla, aunque bien sabía que era imposible que el sonido llegara hasta mí desde tres pisos más abajo aunque sonase. Y sonó, pues pocos minutos después Brown entró con la bandeja y el periódico matinal. Aunque su semblante era tan impasible como siempre, advertí en sus ojos una chis-

pa de sobresalto y aprensión. Advertí también que en la bandeja no había nata.

—Esta mañana no ha repartido la lechería —explicó—; ni la panadería tampoco.

Eché otro vistazo a la bandeja. No había bollos frescos; solo rebanadas del pan integral del día anterior, el pan más detestable para mi gusto.

—Esta mañana no ha repartido nadie, señor —empezó a explicar Brown con tono de disculpa; pero le interrumpí.

—¿El periódico?

—Sí, señor, ese sí lo han traído, pero ha sido lo único, y además es la última vez. Mañana no habrá periódico. Así lo dice el propio periódico. ¿Quiere que salga a buscarle leche condensada?

Negué con la cabeza, acepté el café solo y desplegué el periódico. Los titulares lo explicaban todo; demasiado, a decir verdad, pues el periódico llegaba a extremos de pesimismo que resultaban ridículos. Se había convocado, decía, una huelga general en todo Estados Unidos; y se expresaban las más sombrías inquietudes respecto al abastecimiento de las grandes ciudades.

Seguí leyendo a toda prisa, saltándome mucho y recordando mucho de los conflictos laborales del pasado. Durante toda una generación, la huelga general había sido el sueño del sindicalismo organizado, un sueño surgido en la mente de Debs, uno de los grandes líderes obreros de treinta años atrás. Recordé que en mis tiempos de joven universitario comprometido con los barrios pobres había llegado incluso a escribir un artículo sobre el tema para una de las revistas, y que lo había titulado «El sueño de Debs». Y he de confesar que había tratado la idea con gran frivolidad y academicismo, como un sueño y nada más. El tiempo y el mundo habían seguido rodando: Gompers había desaparecido, la Federación Americana del Trabajo había desaparecido, y desaparecido estaba Debs con todas sus alocadas ideas revolucionarias; pero el sueño había persistido, y ahora se hacía realidad por fin. Sin embargo, al leer, me reí del sombrío panorama que dibujaba el periódico. Yo sabía más. Había visto al sindicalismo organizado perder en demasiados conflictos. Era solo cuestión de días que aquello se resolviera. Era una huelga nacional, y al Gobierno no le costaría mucho romperla.

Dejé el periódico a un lado y me dispuse a vestirme. Sin duda resultaría interesante salir a las calles de San Francisco cuando no giraba ni una rueda y toda la ciudad se tomaba unas forzadas vacaciones.

—Perdone, señor —dijo Brown al entregarme la petaca de puros—, pero el señor Harmmed le ruega que le reciba antes de salir.

—Que pase de inmediato —respondí.

Harmmed era el mayordomo. Al entrar pude ver que luchaba por contener su agitación. Fue directamente al grano.

—¿Qué debo hacer, señor? Habrá que conseguir provisiones, y los reparadores están en huelga. Y han cortado la electricidad; supongo que ellos también están en huelga.

—¿Están abiertas las tiendas? —pregunté.

—Solo las pequeñas, señor. Los empleados de comercio están de huelga y las grandes no pueden abrir; pero los propietarios y sus familias llevan ellos mismos las pequeñas.

—Entonces coja el coche —dije—, dé la vuelta por las tiendas y haga las compras. Compre de todo en abundancia, de lo que necesite o pueda necesitar. Coja una caja de velas... no, coja media docena de cajas. Y cuando haya terminado, dígle a Harrison que traiga el coche al club para mí, no más tarde de las once.

Harmmed sacudió la cabeza con gravedad.

—El señor Harrison se ha sumado a la huelga junto con el sindicato de chóferes, y yo no sé conducir el coche.

—¡Vaya, conque sí, eh! —dije yo—. Pues la próxima vez que el señor Harrison se pase por aquí, dígle que puede buscar otro empleo.

—Muy bien, señor.

—¿No pertenece usted por casualidad a un sindicato de mayordomos, Harmmed?

—No, señor —fue la respuesta—. Y aunque perteneciera a uno, no abandonaría a mi empleador en una crisis como esta. No, señor, yo...

—Bien, gracias —dije—. Ahora prepárese para acompañarme. Conduciré el coche yo mismo y haremos acopio de provisiones para resistir un asedio.

Era un hermoso primero de mayo, incluso para ser un día de mayo. El cielo estaba despejado, no corría el viento y el aire era cálido, casi balsámico. Había muchos automóviles en la calle, pero los conducían los propios dueños. Las calles estaban concurridas pero tranquilas. La clase obrera, vestida con sus mejores galas domingueras, había salido a tomar el aire y a observar los efectos de la huelga. Todo era tan insólito y, al mismo tiempo, tan apacible, que me sorprendí disfrutándolo. Tenía los nervios en punta con una leve excitación. Era una especie de aventura plácida. Pasé junto a la señorita Chickering. Iba al volante de su pequeño coche descapotable. Dio un giro y vino tras de mí, alcanzándome en la esquina.

—¡Ay, señor Corf! —me llamó—. ¿Sabe usted dónde puedo comprar velas? He ido a más de una docena de tiendas y todas están agotadas. Es espantoso, ¿verdad?

Pero sus ojos chispeantes desmentían sus palabras. Como el resto de nosotros, lo estaba disfrutando enormemente. Menuda aventura resultó hacerse con aquellas velas. No fue hasta que atravesamos la ciudad y bajamos al barrio obrero al sur de Market Street que encontramos pequeñas tiendas de ultramarinos en esquinas que todavía no habían agotado sus existencias. La señorita Chickering pensó que una caja era suficiente, pero la convencí para que se llevara cuatro. Mi coche era grande y yo hice acopio de una docena de cajas. No había forma de saber qué retrasos podía acarrear la resolución de la huelga. Además, llené el coche de sacos de harina, levadura en polvo, conservas en lata y todo lo demás indispensable para la vida que sugirió Harmmed, quien iba de un lado a otro y cacaraqueaba sobre las compras como una gallina angustiada.

Lo notable de aquel primer día de huelga fue que nadie previó realmente nada serio. El anuncio del sindicalismo organizado en los periódicos matinales de que estaba dispuesto a mantenerse en huelga un mes o tres meses fue recibido con risas. Y sin embargo, ese mismo primer día podríamos haberlo adivinado por el hecho de que la clase obrera no tomó prácticamente parte en la gran carrera por aprovisionarse. Claro que no. Durante semanas y meses, con astucia y en secreto, toda la clase obrera había ido almacenando

do sus propias reservas de provisiones. Por eso se nos permitió bajar a comprar en los pequeños ultramarinos de los barrios obreros.

No fue hasta que llegué al club aquella tarde cuando empecé a sentir la primera inquietud. Todo era un caos. No había aceitunas para los cócteles, y el servicio iba a trancas y barrancas. La mayoría de los caballeros estaban irritados, y todos preocupados. Una babel de voces me saludó al entrar. El general Folsom, acomodando su considerable barriga en un asiento junto a la ventana en la sala de fumadores, se defendía de media docena de caballeros exaltados que exigían que hiciera algo.

—¿Qué puedo hacer más de lo que ya he hecho? —estaba diciendo—. No hay órdenes de Washington. Si ustedes, caballeros, consiguen mandar un telegrama, haré todo lo que se me ordene. Pero no veo qué puede hacerse. Lo primero que hice esta mañana, en cuanto me enteré de la huelga, fue llamar a las tropas del Presidio; tres mil hombres. Están custodiando los bancos, la Casa de la Moneda, la oficina de correos y todos los edificios públicos. No hay desorden alguno. Los huelguistas mantienen el orden a la perfección. No pueden esperar que los fusile mientras pasean por las calles con sus mujeres e hijos, todos emperifollados.

—Me gustaría saber qué está pasando en Wall Street —oí decir a Jimmy Wombold mientras pasaba. Podía imaginar su inquietud, pues sabía que estaba metido de lleno en el gran negocio de la Consolidated-Western.

—Oiga, Corf —se me acercó presuroso Atkinson—, ¿funciona su coche?

—Sí —respondí—, pero ¿qué le pasa al suyo?

—Averiado, y todos los talleres están cerrados. Y creo que mi mujer está por los alrededores de Truckee, atascada en el ferrocarril transcontinental. No hay forma de mandarle un telegrama. Debería haber llegado esta tarde. Puede que esté pasando hambre. Présteme su coche.

—No hay forma de cruzar la bahía —intervino Halstead—. Los ferrís no funcionan. Pero le diré lo que puede hacer. Está Rollinson... ah, Rollinson, venga un momento. Atkinson quiere cruzar un coche a la otra orilla. Su mujer está atascada en el transcontinental en Truckee. ¿No podría traer el *Lurlette* desde Tiburón y transportar el coche para él?

El *Lurlette* era un yate-goleta de doscientas toneladas, apto para alta mar.

Rollinson sacudió la cabeza.

—No encontraría un estibador que embarcara el coche aunque yo pudiera traer el *Lurlette*, que no puedo, pues la tripulación pertenece al Sindicato de Marineros de la Costa y están en huelga como los demás.

—Pero mi mujer puede estar pasando hambre —oí lamentarse a Atkinson mientras me alejaba.

Al otro extremo de la sala de fumadores me topé con un grupo de hombres arremolinados con excitación e indignación alrededor de Bertie Messenger. Y Bertie los estaba azuzando y provocando a su manera fría y cínica. A Bertie no le importaba la huelga. En realidad, no le importaba gran cosa. Era un *blasé*; al menos en todo lo respetable de la vida, pues lo sórdido no tenía ningún atractivo para él. Valía veinte millones, todo en inversiones seguras, y en su vida había dado un solo golpe de trabajo productivo: lo había heredado todo de su padre y sus dos tíos. Había estado en todas partes, lo había visto todo y lo había hecho todo salvo casarse, y esto último a pesar de las tenaces y resueltas acometidas de unos cuantos cientos de ambiciosas mamás. Durante años había sido el mejor partido, y hasta entonces había logrado evitar que lo cazaran. Era un partido de escándalo. Además de su fortuna, era joven, apuesto y, como ya he dicho, decente. Era un gran deportista, un joven dios rubio que hacía todo a la perfección y con maestría, con la única excepción del matrimonio. Y no le importaba nada, no tenía ambiciones, ni pasiones, ni deseos de hacer precisamente las cosas que hacía mucho mejor que los demás hombres.

—¡Esto es sedición! —exclamaba uno de los hombres del grupo. Otro lo llamaba revuelta y revolución, y otro lo llamaba anarquía.

—No lo veo así —dijo Bertie—. He estado en la calle toda la mañana. Reina el orden perfecto. Nunca vi un vecindario más respetuoso de la ley. No sirve de nada ponerle nombres. No es ninguna de esas cosas. Es exactamente lo que dice ser, una huelga general, y ahora les toca jugar a ustedes, caballeros.

—¡Y vaya si jugaremos! —exclamó Garfield, uno de los millonarios del transporte—. ¡Les enseñaremos a estas basuras cuál es su sitio, bestias! Esperen a que intervenga el Gobierno.

—¿Y dónde está el Gobierno? —interpuso Bertie—. Para lo que les sirve a ustedes podría estar en el fondo del mar. No saben qué está pasando en Washington. No saben si tienen Gobierno o no.

—De eso no se preocupe usted —espetó Garfield.

—Le aseguro que no me preocupo —sonrió Bertie lánguidamente—. Pero me parece que es lo que están haciendo ustedes. Mírese al espejo, Garfield.

Garfield no se miró, pero de haberse mirado habría visto a un caballero muy agitado, con el cabello canoso alborotado, la cara encendida, la boca hosca y rencorosa, y los ojos brillando con ferocidad.

—Es que no está bien, se lo digo yo —dijo el pequeño Hanover; y por su tono estaba seguro de que lo había dicho ya varias veces.

—Eso ya es pasarse, Hanover —replicó Bertie—. Ustedes me agotan. Todos son partidarios del taller abierto. Me han taladrado los tímpanos con su interminable cháchara sobre el taller abierto y el derecho del hombre a trabajar. Llevan años dando el mismo sermón. El movimiento obrero no hace nada malo al declarar esta huelga general. No está violando ninguna ley de Dios ni de los hombres. Cállese, Hanover. Lleva demasiado tiempo tocando y retocando el tema del derecho divino a trabajar... o a no trabajar; no puede escapar al corolario. Es una pelea mezquina y sórdida, eso es todo lo que es. Ustedes tuvieron al movimiento obrero pisoteado y lo exprimieron, y ahora el movimiento obrero les tiene a ustedes pisoteados y los está exprimiendo, eso es todo, y están chillando.

Cada uno de los hombres del grupo prorrumpió en indignadas negativas de que el movimiento obrero hubiera sido explotado jamás.

—¡En absoluto! —vociferaba Garfield—. Hemos hecho lo mejor para el trabajo. En lugar de exprimirlo, le hemos dado una oportunidad de vivir. Le hemos creado trabajo. ¿Dónde estaría el movimiento obrero si no fuera por nosotros?

—Mucho mejor —se mofó Bertie—. Ustedes tuvieron al movimiento obrero pisoteado y lo exprimieron cada vez que tuvieron ocasión, y se desvivieron por crear ocasiones.

—¡No! ¡No! —fueron los gritos.

—Está la huelga de los carreteros, aquí mismo en San Francisco —prosiguió Bertie imperturbablemente—. La Asociación de Empresarios provocó esa huelga. Ustedes lo saben. Y saben que yo también lo sé, pues he estado sentado en estas mismas salas y he oído los comentarios internos y las noticias del conflicto. Primero provocaron la huelga, luego compraron al alcalde y al jefe de policía y la rompieron. Bonito espectáculo: ustedes los filántropos teniendo a los carreteros pisoteados y exprimiéndolos.

—Esperen, que no he terminado. El año pasado la candidatura obrera de Colorado eligió a un gobernador. Nunca tomó posesión. Saben por qué. Saben cómo lo amañaron sus colegas filántropos y capitalistas de Colorado. Fue un caso de pisotear al movimiento obrero y exprimirlo. Mantuvieron al presidente de la Asociación Amalgamada del Suroeste de Mineros en la cárcel durante tres años con cargos de asesinato inventados, y con él fuera de juego disolvieron la asociación. Eso fue exprimir al movimiento obrero, lo reconocerán. La tercera vez que el impuesto sobre la renta progresivo fue declarado inconstitucional fue otra vuelta de tuerca. También lo fue el proyecto de ley de las ocho horas que ustedes tumbaron en el último Congreso.

—Y de todas las explotaciones inmorales sin paliativos, la destrucción del principio del taller cerrado fue el colmo. Saben cómo se hizo. Compraron a Farburg, el último presidente de la vieja Federación Americana del Trabajo. Era una criatura suya, o de todos los trusts y asociaciones de empresarios, que viene a ser lo mismo. Provocaron la gran huelga del taller cerrado. Farburg traicionó esa huelga. Ustedes ganaron, y la vieja Federación Americana del Trabajo se desmoronó. Ustedes la destruyeron, y al hacerlo se destruyeron a sí mismos; pues justo a continuación comenzó la organización de la I.L.W., la organización obrera más grande y sólida que han visto los Estados Unidos, y ustedes son responsables de su existencia y de la presente huelga general. Aplastaron todas las viejas federaciones y empujaron al movimiento obrero hacia la I.L.W., y la I.L.W. convocó la huelga general, siguiendo en la lucha por el taller cerrado. Y después tienen la desfachatez de estar aquí cara a cara y decirme que nunca tuvieron al movimiento obrero pisoteado ni lo exprimieron. ¡Bah!

Esta vez no hubo negativas. Garfield intervino en su propia defensa:

—No hemos hecho nada que no estuviéramos obligados a hacer si queríamos ganar.

—No estoy diciendo nada sobre eso —respondió Bertie—. Lo que me molesta es que estén chillando ahora que les están dando a probar su propia medicina. ¿Cuántas huelgas han ganado ustedes dejando al movimiento obrero sin comer hasta doblegarlo? Pues bien, el movimiento obrero ha ideado un plan para dejarles a ustedes sin comer hasta someterlos. Quiere el taller cerrado, y si puede conseguirlo dejándoles sin comer, pues hambre pasarán.

—Noto que usted ha sacado provecho en el pasado de esas mismas explotaciones obreras que menciona —insinuó Brentwood, uno de los más astutos y hábiles de nuestros abogados corporativos—. El encubridor es tan culpable como el ladrón —se burló—. Usted no puso la mano en la explotación, pero se llevó su tajada.

—Eso está completamente fuera de la cuestión, Brentwood —dijo Bertie con calma—. Es usted tan malo como Hanover, trayendo el elemento moral. No he dicho que nada esté bien ni mal. Es todo un juego podrido, lo sé; y mi única queja es que ustedes están chillando ahora que están en el suelo y el movimiento obrero les está exprimiendo. Claro que me he llevado los beneficios de la explotación y, gracias a ustedes, caballeros, sin tener que hacer el trabajo sucio personalmente. Ustedes lo hicieron por mí; y créanme, no porque sea más virtuoso que ustedes, sino porque mi buen padre y sus distintos hermanos me dejaron mucho dinero con el que pagar el trabajo sucio.

—Si pretende insinuar... —comenzó Brentwood acaloradamente.

—Calma, no se encrespe —interpuso Bertie con insolencia—. No tiene sentido hacerse el hipócrita en esta guarida de ladrones. Las grandes palabras están bien para los periódicos, los clubes de jóvenes y las escuelas dominicales; eso es parte del juego. Pero, por el amor de Dios, no nos las gastemos entre nosotros. Usted sabe, y sabe que yo sé, exactamente qué trapi-cheos se hicieron en la huelga de la construcción el otoño pasado, quién puso el dinero, quién hizo el trabajo y quién sacó provecho. (Brentwood se puso rojo de ira.) Pero todos somos de la misma calaña, y lo mejor que podemos hacer es dejar la moral fuera de esto. Repito: jueguen, jueguen hasta el final, pero por lo que más quieran, no chillen cuando les duela.

Cuando abandoné el grupo, Bertie había tomado un nuevo rumbo y los atormentaba con los aspectos más serios de la situación, señalando la esca-

sez de suministros que ya comenzaba a sentirse y preguntándoles qué iban a hacer al respecto. Un poco después me lo encontré en el guardarropa, a punto de marcharse, y le llevé a casa en mi coche.

—Es un gran golpe, esta huelga general —dijo mientras rodábamos por las calles concurridas pero ordenadas—. Es un mazazo demoledor. El movimiento obrero nos pilló dormidos y nos golpeó en nuestro punto más débil: el estómago. Voy a salir de San Francisco, Corf. Siga mi consejo y salga también. Diríjase al campo, adondequiera que sea. Tendrá más posibilidades. Haga acopio de provisiones y busque una tienda de campaña o una cabaña en algún sitio. Pronto no habrá en esta ciudad más que hambre para gente como nosotros.

Cuánta razón tenía Bertie Messener, nunca lo hubiera imaginado. Decidí que era un alarmista. En cuanto a mí, estaba dispuesto a quedarme y disfrutar del espectáculo. Después de dejarlo, en lugar de ir directamente a casa, salí en busca de más comida. Para mi sorpresa, descubrí que los pequeños ultramarinos donde había comprado por la mañana estaban agotados. Amplié mi búsqueda hasta el Potrero y, con buena suerte, conseguí hacerme con otra caja de velas, dos sacos de harina de trigo, cuatro kilos y medio de harina integral (que valdría para los criados), una caja de maíz en conserva y dos cajas de tomate en conserva. Parecía que iba a haber al menos una escasez temporal de alimentos, y me felicité por el buen acopio de provisiones que había hecho.

A la mañana siguiente tomé el café en cama como de costumbre y, más que la nata, eché en falta el periódico diario. Fue esa ignorancia de lo que ocurría en el mundo lo que encontré como la mayor penuria. En el club había pocas noticias. Rider había cruzado desde Oakland en su lancha, y Halstead había ido y vuelto de San José en su coche. Informaron de las mismas condiciones en esos lugares que en San Francisco. Todo estaba paralizado por la huelga. La clase alta había acaparado todas las existencias de los ultramarinos. Y reinaba el orden perfecto. Pero ¿qué estaba ocurriendo en el resto del país? ¿En Chicago? ¿Nueva York? ¿Washington? Probablemente lo mismo que nos estaba ocurriendo a nosotros, concluimos; pero el hecho de no saberlo con absoluta certeza resultaba irritante.

El general Folsom tenía alguna noticia. Se había intentado colocar telegrafistas del ejército en las oficinas de telégrafos, pero los cables habían

sido cortados en todas direcciones. Este era, hasta el momento, el único acto ilegal cometido por el movimiento obrero, y estaba plenamente convencido de que se trataba de un acto concertado. Había comunicado por radiotelegrafía con el puesto militar de Benicia; en aquel momento las líneas telegráficas ya estaban siendo patrulladas por soldados hasta Sacramento. Una vez, durante un breve instante, habían conseguido la señal de Sacramento; luego los cables, en algún punto, volvieron a ser cortados. El general Folsom razonó que las autoridades estaban haciendo intentos similares para restablecer la comunicación a lo largo de todo el continente, pero no se comprometió a opinar sobre si creía que el intento tendría éxito. Lo que le preocupaba era el corte de los cables; no podía dejar de creer que era una parte importante de la profunda conspiración obrera. Asimismo, lamentaba que el Gobierno no hubiera establecido tiempo atrás su proyectada red de estaciones de radiotelegrafía.

Los días fueron y vinieron, y durante un tiempo fue una época monótona. No ocurría nada. El filo de la excitación se había embotado. Las calles ya no estaban tan concurridas. La clase obrera ya no venía al centro a ver cómo llevábamos la huelga. Y tampoco circulaban tantos automóviles. Los talleres y los garajes estaban cerrados, y cuando un coche se averiaba quedaba fuera de servicio. El embrague del mío se rompió, y no había forma, ni por amor ni por dinero, de conseguir que lo repararan. Como los demás, ahora iba a pie. San Francisco yacía muerta, y no sabíamos qué estaba ocurriendo en el resto del país. Pero del simple hecho de no saberlo solo podíamos concluir que el resto del país yacía tan muerto como San Francisco. De vez en cuando la ciudad se llenaba de carteles con las proclamas del sindicalismo organizado; estas habían sido impresas meses antes y evidenciaban con qué minuciosidad se había preparado la I.L.W. para la huelga. Cada detalle había sido elaborado con mucha antelación. No se había producido violencia hasta el momento, a excepción del fusilamiento de algunos cortadores de cables por los soldados, pero la gente de los barrios bajos se estaba muriendo de hambre y se volvía ominosamente inquieta.

Los hombres de negocios, los millonarios y la clase profesional celebraban reuniones y aprobaban resoluciones, pero no había modo de hacer públicas las proclamas. Ni siquiera lograban imprimirlas. Uno de los resultados de aquellas reuniones, sin embargo, fue que se persuadió al general Folsom para que tomara posesión militar de los almacenes al por mayor y de

todos los depósitos de harina, grano y víveres. Ya era hora, pues el sufrimiento se agudizaba en los hogares de los ricos, y las colas del pan se hacían necesarias. Yo sabía que mis criados empezaban a poner cara larga, y era asombroso el boquete que abrían en mis reservas de provisiones. De hecho, según deduje más tarde, cada criado me robaba y se escondía una despesa particular para sí mismo.

Pero con la formación de las colas del pan llegaron nuevos problemas. Solo había cierta reserva de alimentos en San Francisco y, en el mejor de los casos, no podía durar mucho. El trabajo organizado, lo sabíamos, tenía sus propios suministros; no obstante, toda la clase obrera se sumó a las colas del pan. Como consecuencia, las provisiones de las que se había apoderado el general Folsom menguaban con peligrosa rapidez. ¿Cómo iban a distinguir los soldados entre un hombre de clase media venido a menos, un miembro del I.L.W. o un habitante de los barrios bajos? Al primero y al último había que darles de comer, pero los soldados no conocían a todos los hombres del I.L.W. de la ciudad, y mucho menos a las esposas, los hijos y las hijas de los hombres del I.L.W. Con la ayuda de los patronos, unos cuantos sindicalistas conocidos fueron expulsados de las colas del pan; pero aquello no sirvió de nada. Para colmo de males, los remolcadores del Gobierno que habían estado transportando víveres desde los depósitos del ejército en la isla de Mare hasta la isla del Ángel no encontraron ya más víveres que transportar. Los soldados recibían ahora sus raciones de las provisiones confiscadas, y las recibían los primeros.

El principio del fin estaba a la vista. La violencia empezaba a asomar el rostro. La ley y el orden se desvanecían, y se desvanecían, debo confesarlo, entre la gente de los barrios bajos y entre las clases altas. El trabajo organizado seguía manteniendo un orden perfecto. Bien podía permitírsele: tenía de sobra para comer. Recuerdo aquella tarde en el club en que sorprendí a Halstead y a Brentwood cuchicheando en un rincón. Me hicieron partícipe de la aventura. El automóvil de Brentwood seguía en condiciones de marchar, e iban a salir a robar una vaca. Halstead llevaba un largo cuchillo de carnicero y una cuchilla de partir. Salimos a las afueras de la ciudad. Aquí y allá pastaban vacas, pero siempre estaban vigiladas por sus dueños. Proseguimos nuestra búsqueda, siguiendo el linde de la ciudad hacia el este, y en las colinas cercanas a Hunter's Point dimos con una vaca custodiada por una niña pequeña. Con la vaca había también un ternerillo. No perdimos tiempo

en preliminares. La niña se echó a correr chillando, mientras nosotros degollábamos la vaca. Omito los detalles, pues no son agradables: no estábamos habituados a semejante trabajo, y lo hicimos de manera chapucera.

Pero en plena faena, trabajando con la premura del miedo, oímos gritos y vimos a varios hombres corriendo hacia nosotros. Abandonamos el botín y pusimos pies en polvorosa. Para nuestra sorpresa, no nos persiguieron. Al mirar atrás, vimos a los hombres despedazando la vaca a toda prisa. Iban a lo mismo que nosotros. Razonamos que había de sobra para todos y volvimos corriendo. La escena que siguió desafiaba toda descripción. Nos peleamos y disputamos por el reparto como salvajes. Brentwood, lo recuerdo, se comportó como una bestia perfecta, gruñendo y dando dentelladas y amenazando con que habría un muerto si no obteníamos la parte que nos correspondía.

Y estábamos obteniendo nuestra parte cuando se produjo una nueva irrupción en la escena. Esta vez eran los temidos agentes del orden del I.L.W. La niña los había traído. Iban armados con látigos y porras, y eran una veintena. La niña saltaba de rabia de un lado a otro, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, gritando: — ¡Dadles su merecido! ¡Dadles su merecido! ¡Ese de las gafas, ha sido él! ¡Partidle la cara! ¡Partidle la cara! — Ese de las gafas era yo, y también a mí me partieron la cara, aunque tuve la presencia de ánimo de quitármelas a la primera. ¡Vaya paliza que nos llevamos mientras nos dispersábamos en todas direcciones! Brentwood, Halstead y yo huimos hacia el automóvil. A Brentwood le sangraba la nariz, mientras que a Halstead un latigazo de vergajo le había abierto la mejilla de un tajo escarlata.

Y, mira por dónde, cuando cesó la persecución y alcanzamos el automóvil, allí, escondido detrás de él, estaba el ternero asustado. Brentwood nos advirtió que fuésemos cautos y se le acercó reptando como un lobo o un tigre. El cuchillo y la cuchilla habían quedado atrás, pero a Brentwood aún le quedaban las manos, y rodó una y otra vez por el suelo con el pobre ternerillo mientras lo estrangulaba. Arrojamos la res al automóvil, la cubrimos con una manta de viaje y arrancamos hacia casa. Pero nuestras desgracias no habían hecho más que empezar. Reventamos un neumático. No había forma de arreglarlo, y caía el crepúsculo. Abandonamos el automóvil, con Brentwood tirando y tambaleándose al frente, el ternero, cubierto por la manta, echado sobre los hombros. Nos íbamos turnando para cargar con aquel ter-

nero, y por poco nos mata. Además, nos perdimos. Y entonces, tras horas de vagar y penar, nos topamos con una banda de gamberros. No eran hombres del I.L.W. y me figuro que estaban tan hambrientos como nosotros. Sea como fuere, ellos se quedaron con el ternero y nosotros con la paliza. Brentwood despotricó como un loco durante el resto del camino a casa, y parecía uno, con la ropa hecha jirones, la nariz hinchada y los ojos amoratados.

Después de aquello ya no hubo más robos de vacas. El general Folsom envió a sus soldados de caballería y confiscó todas las vacas, y sus soldados, con la ayuda de la milicia, se comieron casi toda la carne. No había que culpar al general Folsom; era su deber mantener la ley y el orden, y la mantenía por medio de los soldados, por lo cual se veía obligado a alimentarlos a ellos antes que a nadie.

Fue por entonces cuando se produjo el gran pánico. Las clases pudientes precipitaron la huida, y luego la gente de los barrios bajos contrajo el contagio y salió de la ciudad en estampida enloquecida. El general Folsom quedó complacido. Se calculó que al menos doscientas mil personas habían abandonado San Francisco, y en esa misma medida quedaba resuelto su problema de abastecimiento. Bien recuerdo aquel día. Por la mañana me había comido un mendrugo de pan. Media tarde la pasé de pie en la cola del pan; y al anochecer volví a casa, cansado y miserable, con un litro de arroz y una loncha de tocino. Brown me recibió en la puerta. Tenía el rostro demacrado y aterrado. Todos los criados habían huido, me informó. Solo él quedaba. Me conmovió su fidelidad y, al enterarme de que no había comido nada en todo el día, compartí mi comida con él. Cocinamos la mitad del arroz y la mitad del tocino, repartiéndolo por igual y reservando la otra mitad para la mañana. Me acosté con mi hambre, y me revolví inquieto toda la noche. Por la mañana descubrí que Brown me había abandonado y, desgracia aún mayor, se había llevado lo que quedaba del arroz y del tocino.

Fue un lúgubre puñado de hombres el que se reunió en el club aquella mañana. No había servicio de ninguna clase. El último criado se había marchado. Reparé, además, en que la platería había desaparecido, y supe adónde había ido a parar. No la habían tomado los criados, por la razón, supongo, de que los socios del club se les habían adelantado. Su método para deshacerse de ella era sencillo. Al sur de Market Street, en las viviendas del I.L.W., las amas de casa daban comidas en condiciones a cambio de ella.

Volví a mi casa. En efecto, mi platería había desaparecido, toda salvo una maciza jarra. La envolví y la llevé al sur de Market Street.

Me sentí mejor tras la comida, y regresé al club para averiguar si había alguna novedad en la situación. Hanover, Collins y Dakon salían justo en ese momento. No había nadie dentro, me dijeron, y me invitaron a acompañarlos. Se marchaban de la ciudad, dijeron, en los caballos de Dakon, y había uno de sobra para mí. Dakon tenía cuatro magníficos caballos de tiro que quería salvar, y el general Folsom le había soplado que a la mañana siguiente se iban a confiscar como alimento todos los caballos que quedaran en la ciudad. No quedaban muchos, pues decenas de miles de ellos habían sido soltados en el campo cuando el heno y el grano se agotaron durante los primeros días. Birdall, lo recuerdo, que tenía grandes intereses en el acarreo, había soltado trescientos caballos de tiro. A un valor medio de quinientos dólares, aquello ascendía a ciento cincuenta mil dólares. Al principio había esperado recuperar la mayoría de los caballos una vez terminada la huelga, pero al final no recuperó ni uno solo. Se los comió toda la gente que huyó de San Francisco. Por lo demás, ya había comenzado el sacrificio de las mulas y los caballos del ejército para alimentarse.

Por fortuna para Dakon, tenía almacenado en su cuadra un abundante suministro de heno y grano. Nos las arreglamos para reunir cuatro sillas de montar, y encontramos a los animales en buen estado y briosos, aunque poco acostumbrados a ser montados. Recordé el San Francisco del gran terremoto mientras cabalgábamos por las calles, pero este San Francisco era muchísimo más digno de lástima. No lo había causado ningún cataclismo de la naturaleza, sino, más bien, la tiranía de los sindicatos obreros. Bajamos cabalgando por Union Square y atravesamos los distritos de los teatros, los hoteles y los comercios. Las calles estaban desiertas. Aquí y allá había automóviles, abandonados donde se habían averiado o donde se les había acabado la gasolina. No había señal de vida, salvo por algún que otro policía y los soldados que custodiaban los bancos y los edificios públicos. En una ocasión nos cruzamos con un hombre del I.L.W. que pegaba en la pared la última proclama. Nos detuvimos a leerla. «Hemos mantenido una huelga ordenada», rezaba; «y mantendremos el orden hasta el final. El final llegará cuando se satisfagan nuestras demandas, y nuestras demandas se satisfarán cuando hayamos rendido a nuestros patronos por hambre, como en el pasado a menudo nos han rendido a nosotros por hambre».

—Palabras exactas de Messener —dijo Collins—. Y yo, por mi parte, estoy dispuesto a rendirme, solo que no me dan ocasión de rendirme. Hace un siglo que no me pego una comida en condiciones. Me pregunto a qué sabrá la carne de caballo.

Nos detuvimos a leer otra proclama: «Cuando consideremos que nuestros patronos están dispuestos a rendirse, abriremos los telégrafos y pondremos en comunicación a las asociaciones patronales de los Estados Unidos. Pero solo se permitirán por los cables mensajes relativos a las condiciones de paz».

Seguimos cabalgando, cruzamos Market Street y poco después atravesábamos el barrio obrero. Aquí las calles no estaban desiertas. Asomados a las verjas o formando corrillos estaban los hombres del I.L.W. Niños felices y bien alimentados jugaban a sus juegos, y robustas amas de casa se sentaban en los escalones de la entrada a chismorrear. Todos, sin excepción, nos lanzaban miradas divertidas. Los niños pequeños corrían tras nosotros, gritando: —¡Eh, señor! ¿No tiene hambre? —Y una mujer, que amamantaba a un niño al pecho, le gritó a Dakon: —Oye, gordo, te doy una comida por tu jamelgo: jamón y patatas, jalea de grosella, pan blanco, mantequilla de lata y dos tazas de café.

—¿Te has fijado, estos últimos días —me comentó Hanover—, en que no hay un solo perro callejero por las calles?

Me había fijado, pero no lo había pensado hasta entonces. Ya era hora de abandonar la desdichada ciudad. Por fin logramos enlazar con la carretera de San Bruno, por la que nos dirigimos hacia el sur. Yo tenía una casa de campo cerca de Menlo, y ese era nuestro objetivo. Pero pronto empezamos a descubrir que el campo estaba peor y era mucho más peligroso que la ciudad. Allí los soldados y el I.L.W. mantenían el orden; pero el campo había sido entregado a la anarquía. Doscientas mil personas habían huido de San Francisco, y teníamos incontables pruebas de que su huida había sido como la de un ejército de langostas.

Lo habían arrasado todo. Había habido robos y peleas. Aquí y allá pasábamos junto a cadáveres al borde del camino y veíamos las ennegrecidas ruinas de granjas. Las cercas estaban derribadas, y las cosechas habían sido pisoteadas por los pies de una multitud. Todos los huertos habían sido enterrados por las hordas famélicas. Todas las gallinas y los animales de

granja habían sido sacrificados. Así ocurría en todas las carreteras principales que salían de San Francisco. Aquí y allá, apartados de los caminos, algunos granjeros habían resistido a escopetazos y tiros de revólver, y aún resistían. Nos ahuyentaban y se negaban a parlamentar con nosotros. Y toda la destrucción y la violencia la habían obrado los habitantes de los barrios bajos y las clases altas. Los hombres del I.L.W., con abundantes reservas de comida, permanecían tranquilamente en sus hogares de las ciudades.

Al poco de emprender la cabalgada recibimos una prueba concreta de lo desesperado de la situación. A nuestra derecha oímos gritos y disparos de fusil. Las balas silbaban peligrosamente cerca. Hubo un estrépito en la maleza; luego, un magnífico caballo de tiro negro cruzó a la carrera la carretera por delante de nosotros y desapareció. Apenas tuvimos tiempo de advertir que sangraba y cojeaba. Lo seguían tres soldados. La caza prosiguió entre los árboles de la izquierda. Oíamos a los soldados llamarse unos a otros. Un cuarto soldado salió cojeando a la carretera por la derecha, se sentó en un peñasco y se enjugó el sudor del rostro.

—Milicianos —susurró Dakon—. Desertores.

El hombre nos sonrió de oreja a oreja y nos pidió una cerilla. En respuesta al «¿Qué se cuenta?» de Dakon, nos informó de que los milicianos estaban desertando. —No hay rancho —explicó—. Se lo dan todo a los regulares. —También supimos por él que los presos militares habían sido puestos en libertad de la isla de Alcatraz porque ya no podía dárseles de comer.

Jamás olvidaré la escena que encontramos a continuación. Dimos con ella de improviso al doblar un recodo del camino. Sobre nuestras cabezas se arqueaban los árboles. La luz del sol se filtraba entre las ramas. Revoloteaban las mariposas, y de los campos llegaba el canto de las alondras. Y allí estaba, un potente automóvil de turismo. En torno a él y dentro de él yacían varios cadáveres. La escena hablaba por sí sola. Sus ocupantes, que huían de la ciudad, habían sido atacados y derribados por una banda de habitantes de los barrios bajos, unos gamberros. La cosa había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Unas latas de carne y de fruta recién abiertas explicaban el motivo del ataque. Dakon examinó los cuerpos.

—Ya me lo imaginaba —informó—. He viajado en ese coche. Era Perriton, toda la familia. De ahora en adelante tendremos que andarnos con ojo.

—Pero si no llevamos comida con que provocar un ataque —objeté.

Dakon señaló el caballo que yo montaba, y comprendí.

A primera hora del día, el caballo de Dakon había perdido una herradura. El delicado casco se le había resquebrajado, y hacia el mediodía el animal cojeaba. Dakon se negó a seguir montándolo, y se negó a abandonarlo. Así que, a instancia suya, seguimos adelante. Él llevaría el caballo de la brida y se reuniría con nosotros en mi casa. Fue la última vez que lo vimos; nunca llegamos a saber cuál fue su final.

Hacia la una llegamos a la localidad de Menlo o, mejor dicho, al lugar donde había estado Menlo, pues estaba en ruinas. Había cadáveres por todas partes. La parte comercial del pueblo, así como parte de las residencias, había quedado destripada por el fuego. Aquí y allá alguna casa aún resistía; pero no había manera de acercarse a ellas. Cuando nos aproximábamos demasiado, nos disparaban. Nos encontramos con una mujer que hurgaba entre las humeantes ruinas de su casita. El primer ataque, nos contó, había sido contra las tiendas y, mientras hablaba, pudimos imaginar aquella turba rabiosa, rugiente y hambrienta arrojándose sobre el puñado de vecinos. Millonarios y pordioseros habían luchado codo con codo por la comida, y luego habían luchado entre sí una vez la tuvieron. La localidad de Palo Alto y la Universidad de Stanford habían sido saqueadas de manera similar, supimos. Ante nosotros se extendía una tierra desolada y arrasada; y creímos obrar con prudencia al desviarnos hacia mi casa. Se hallaba a cinco kilómetros al oeste, acurrucada entre las primeras ondulaciones de las estribaciones montañosas.

Pero mientras cabalgábamos vimos que la devastación no se limitaba a las carreteras principales. La vanguardia de la huida se había ceñido a los caminos, saqueando los pueblos pequeños a su paso; mientras que los que iban detrás se habían desperdigado y habían barrido todo el campo como una gran escoba. Mi casa era de hormigón, mampostería y tejas, y por eso se había librado de arder, pero la habían dejado limpia por dentro. Encontramos el cadáver del jardinero en el molino de viento, rodeado de cartuchos de escopeta vacíos. Había opuesto una buena resistencia. Pero no pudimos hallar ni rastro de los dos jornaleros italianos, ni del ama de llaves y su marido. No quedaba nada con vida. Los terneros, los potros, todas las aves de corral de raza y el ganado de pura sangre, todo, había desaparecido. La co-

cina y los hogares, donde la turba había guisado, eran una pocilga, mientras que numerosas fogatas en el exterior daban testimonio del gran número de gente que había comido y pasado allí la noche. Lo que no habían comido, se lo habían llevado. No había un solo bocado para nosotros.

Pasamos el resto de la noche esperando en vano a Dakon y, por la mañana, a tiros de revólver, rechazamos a media docena de merodeadores. Luego matamos uno de los caballos de Dakon, escondiendo para el futuro la carne que no comimos de inmediato. Por la tarde, Collins salió a dar un paseo, pero no regresó. Aquello fue la gota que colmó el vaso para Hanover. Quería huir allí mismo y en ese instante, y me costó mucho persuadirlo de que aguardara a que amaneciera. Por mi parte, yo estaba convencido de que el final de la huelga general andaba cerca, y resolví regresar a San Francisco. Así pues, por la mañana nos separamos: Hanover se dirigió al sur, con unos veintitrés kilos de carne de caballo atados a la silla, mientras que yo, cargado de manera parecida, me dirigí al norte. El pequeño Hanover salió del apuro sin novedad y, hasta el fin de sus días, seguirá, lo sé, dando la lata a todo el mundo con el relato de sus posteriores aventuras.

Llegué hasta Belmont, en la carretera principal de vuelta, cuando tres milicianos me robaron la carne de caballo. No había cambios en la situación, dijeron, salvo que iba de mal en peor. El I.L.W. tenía muchas provisiones escondidas y podía aguantar meses. Conseguí llegar hasta Baden, cuando una docena de hombres me arrebató el caballo. Dos de ellos eran policías de San Francisco, y los demás, soldados regulares. Aquello era de mal agüero. La situación era desde luego extrema cuando hasta los regulares empezaban a desertar. Cuando reanudé mi camino a pie, ya tenían el fuego encendido, y el último de los caballos de Dakon yacía sacrificado en el suelo.

Quiso la suerte que me torciera el tobillo, y no logré llegar más allá de South San Francisco. Pasé allí la noche en un cobertizo, tiritando de frío y al mismo tiempo ardiendo de fiebre. Dos días estuve allí tendido, demasiado enfermo para moverme, y al tercero, tambaleándome y mareado, apoyándome en una muleta improvisada, me arrastré vacilante hacia San Francisco. Estaba débil, además, pues era el tercer día desde que un bocado había pasado por mis labios. Fue un día de pesadilla y de tormento. Como en un sueño, pasé junto a cientos de soldados regulares que iban a la deriva en dirección contraria, y muchos policías, con sus familias, organizados en grandes grupos para protegerse mutuamente.

Al entrar en la ciudad me acordé de la casa del obrero en la que había cambiado la jarra de plata, y en esa dirección me empujó el hambre. Caía el crepúsculo cuando llegué al lugar. Rodeé por el callejón y trepé por los negros escalones, sobre los que me desplomé. Conseguí alargar la muleta y llamar a la puerta. Después debí de desmayarme, pues volví en mí en la cocina, con la cara mojada de agua y con güisqui vertiéndoseme garganta abajo. Me atraganté, farfullé e intenté hablar. Empecé a decir algo sobre que no me quedaban más jarras de plata, pero que se lo compensaría después con tal de que me dieran algo de comer. Pero el ama de casa me interrumpió.

—Pero, hombre, pobre de usted —dijo—, ¿no se ha enterado? La huelga se ha suspendido esta tarde. Claro que le daremos algo de comer.

Se puso en danza, abriendo una lata de tocino de desayuno y disponiéndose a freírlo.

—Deme un poco ahora, por favor —supliqué; y me comí el tocino crudo sobre una rebanada de pan, mientras su marido me explicaba que las demandas del I.L.W. habían sido concedidas. Los cables se habían abierto a primera hora de la tarde y, por todas partes, las asociaciones patronales habían cedido. En San Francisco no había quedado ni un patrono, pero el general Folsom había hablado en su nombre. Los trenes y los vapores empezarían a circular por la mañana, y también todo lo demás en cuanto pudiera restablecerse el sistema.

Y así fue el final de la huelga general. No quiero volver a ver otra en mi vida. Fue peor que una guerra. Una huelga general es algo cruel e inmoral, y el cerebro del hombre debería ser capaz de dirigir la industria de un modo más racional. Harrison sigue siendo mi chófer. Formaba parte de las condiciones del I.L.W. que todos sus miembros fueran reincorporados a sus antiguos puestos. Brown no volvió jamás, pero el resto de los criados están conmigo. No tuve valor para despedirlos; pobres criaturas, bien apurados estaban cuando desertaron con la comida y la plata. Y ahora no puedo despedirlos. A todos los ha sindicado el I.L.W. La tiranía del trabajo organizado va rebasando lo que un ser humano puede soportar. Algo hay que hacer.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB